

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

No descubro nada nuevo al afirmar que Marruecos lleva tiempo utilizando la migración como arma de presión contra España y es lo que ha sucedido en el último episodio vivido en Ceuta y, en menor medida, en Melilla. No hablamos de una crisis migratoria como tal, sino diplomática. Y ha sido debida a la presencia del líder del Frente Polisario, Brahim Ghali, en un hospital de Logroño. Aunque el problema no ha sido tanto esto, sino la forma en la que se ha llevado a cabo. Es decir, que no se advirtiera a Rabat, que entrase desde Argelia y que lo ingresara con identidad falsa. Obviamente, los servicios secretos de Marruecos se enteraron y el ejecutivo marroquí advirtió al español de posibles consecuencias. Luego, la pregunta es ¿por qué España actuó de esta manera? Sin duda, es una gran metedura de pata del Ministerio de Asuntos Exteriores y, en concreto, de su titular, Arantxa González Laya. Porque no es la primera vez que un dirigente saharauí recibe asistencia médica en España, aunque siempre con el conocimiento de Marruecos para evitar, precisamente, lo que ha sucedido. Por ende, cabe interrogarse por qué esta vez no se ha hecho de este modo. ¿Acaso se pensaban que la Inteligencia marroquí no se iba a dar cuenta? Hay que considerar que estamos hablando de un estado no democrático donde prácticamente nada se mueve sin que lo sepan las autoridades de Rabat. De ahí que, cuando descubrieron la treta, advirtieran a España en diversas ocasiones, sin que el gobierno moviera ficha. Lo sorprendente es que la ministra incluso llegó a afirmar que no le constaba que la hospitalización de Ghali pudiese tener consecuencias, faltando a la verdad, ya que luego se ha sabido que era muy consciente de ello. ¿Por qué tratar a los ciudadanos como menores de edad? Un analista tan prestigioso como Ignacio Cembrero lo había apuntado, al conocer muy bien la política exterior de Marruecos.

Lo lógico hubiese sido actuar como en ocasiones anteriores, es decir, consultándolo con Rabat y, en caso de intuir un conflicto de alto voltaje, haber gestionado la atención de Ghali en otro lugar. Por ejemplo, pagándole una estancia en una clínica de Suiza. Es lo que viene sosteniendo el ex ministro de Exteriores José Manuel García-Margallo. Esto hubiese podido ser una alternativa. Evidentemente, yo no estoy en contra de tratar a Ghali en Logroño, pues entiendo que España tiene una responsabilidad con el Sáhara Occidental. El problema es que la realpolitik y el interés que tiene Marruecos para nuestro país pesa como una losa: lucha contra el terrorismo, freno a la emigración ilegal, seguridad de fronteras y abundantes bancos de pesca. Estos factores han provocado que la causa saharauí se haya ido diluyendo como un azucarillo, de suerte que el prometido referéndum de la ONU es, a corto plazo, impensable y, a largo, imposible. El supuesto censo en el que aquél se basaría está completamente desfasado, por los años transcurridos desde su elaboración y por el trasvase de población a la región al objeto de marroquinizarla. A su vez, ni Estados Unidos ni Francia están por la labor y España, aunque mantiene las apariencias, cada vez se aleja progresivamente de esta probabilidad. Así, en el panorama internacional, hay más voces partidarias de que el Sáhara Occidental se convierta en una especie de entidad autónoma dentro del reino de Marruecos.

Al y fin y a la postre, el reconocimiento de Donald Trump en diciembre de 2020 del Sáhara como parte de Marruecos apunta en esta dirección. Lo hizo en contra de la ONU y para favorecer a Israel, al implicar un acuerdo con Tel Aviv, respondiendo a la política de hacer diversas concesiones a naciones de mayoría musulmana a cambio de reconocer a Israel. Para Marruecos, esto fue un auténtico triunfo. Máxime, porque se hizo a espaldas de España, que no se enteró de la operación hasta una vez consumada, lo que dice muy poco de nuestra diplomacia y mucho de la habilidad de Marruecos, convertido en el gran aliado de Estados Unidos en el norte de África, puerta del Mediterráneo y acceso al Sahel, una zona caliente del planeta. Para la Casa Blanca, prescindiendo de las libertades o de la democracia, lo que importa es tener un Marruecos fuerte y vigilante en la región. En estos momentos, con semejante respaldo, Rabat está envalentonado y puede generar un envite como el vivido estos días. En el que, por cierto, Estados Unidos sólo se ha referido a

Marruecos y no a España. Otra prueba manifiesta de la debilidad de nuestra diplomacia. En este sentido, recordaba el mismo García-Margallo las veces que él se comunicó con el secretario de Estado John Kerry para apagar algún que otro fuego con Marruecos. ¿Por qué tampoco se ha hecho ahora? Según mi parecer, son demasiadas cuestiones a las que debería responder González Laya para reconducir nuestra política exterior no sólo con Marruecos y el Sáhara Occidental, sino también con Estados Unidos (¡Biden no ha llamado aún a Sánchez!), puesto que creo que hay que hacérselo mirar.

22 de mayo de 2021

Publicado en *El Diario Vasco*, 27 de mayo de 2021, p. 26